IGLESIA DIOCESANA

“Cuando confías en Dios, él hace milagros”

Paul Ponce, conocido como ‘el malabarista de Dios’, explicó en Pamplona que no encontró la felicidad “ni en la fama ni en el dinero, sino en la entrega a los demás y la fidelidad a Dios”



Paul Ponce muestra sus habilidades con las mazas en la jornada diocesana de la juventud celebrada en el Seminario de Pamplona. SERGIO MARTÍN

PEDRO GÓMEZ
Pamplona

LA perseverancia. Con esta virtud el argentino Paul Ponce consiguió convertirse en uno de los mejores malabaristas del mundo. “Desde pequeño le dedicaba 8 horas al día, muchas veces sin ver el progreso. Repetía y repetía y parecía que no mejoraba”, cuenta. Años después descubrió que lo suyo no es nada comparado con la paciencia infinita de Dios. “Mi camino de conversión ha sido largo y necesité muchos años para purificar mi corazón”, explica. Ahora, con 52 años, felizmente casado con Lia y padre de cinco hijos, exclama que “cuando confías en Dios, él hace milagros”.

Paul Ponce lleva toda su vida recorriendo el mundo, de espectáculo en espectáculo. Pero el 7 de noviembre encontró un hueco en su agenda para estar en Pamplona, en la jornada diocesana de la juventud. Ante 500 jóvenes, sorprendió con sus habilidades con las mazas, pelotas, sombreros y balones. Pero sobre todo impactó con su testimonio de fe. “De niño mi motivación era ser famoso, ganar mucho dinero y tener novias en cada ciudad. Pero pasaban los años y eso no me daba la felicidad”, confesó.

Todo cambió con 21 años, cuando se apuntó en Bahamas a una catequesis de confirmación. “Empecé a tener muchas preguntas. Y buscando las respuestas descubrí la grandeza del amor de Dios. Fue un ‘¡guau, Dios mío, esto es mucho!’”, relató. Paul Ponce descubrió la felicidad en entregarse a los demás. Encontró una vía para compatibilizar el mundo artístico y su vocación misionera. Desde hace años, Paul Ponce ofrece espectáculos en orfanatos, colegios y grupos de jóvenes y de paso les transmite sus valores. Desde entonces se le conoce como “el malabarista de Dios”.

En Pamplona habló de la importancia de la perseverancia, “en un mundo donde la tecnología avanza y queremos los éxitos rápidos”. Y también habló del noviazgo. “Yo sentía que Dios me llamaba a formar una familia pero no tenía novia y como siempre estaba viajando por el mundo era complicado iniciar una relación”, contó. Así que se puso en “manos de Dios”. “Todas las mañanas le rezaba y le consagraba mi futura esposa al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María”. Y desde ese momento se propuso “ser fiel a Dios y a su futura esposa” renunciando a amistades peligrosas. Pero pasaban los años y esa chica soñada no aparecía. “Pasaron exactamente 10 años. Puede parecer excesivo pero no lo fue. Es el tiempo que necesité de purificación”, contó.

Paul conoció a Lia en un congreso de jóvenes en México. “Entonces no había Facebook ni Instagram, solo email. Ella estaba en Brasil y yo en Europa. Así que por email nos fuimos conociendo. Los dos íbamos a misa todos los días y rezábamos en Rosario”, explicó. Para poder estar juntos, Lia se sumó al equipo artístico de Paul y a las giras por el mundo. “Le dije al productor que en el contrato necesitaba dos habitaciones de hotel porque al no estar casados, no queríamos compartir habitación. El productor pensaba que le estaba tomando el pelo”, aseguró Paul, que animó a los jóvenes a vivir el noviazgo de esta manera. “No estamos solos. Hay muchos jóvenes que se toman muy en serio el matrimonio, el sacramento, y que quieren discernir”, les explicó.

Lia y Paul se casaron el 13 de mayo de 2005, fiesta de la Virgen de Fátima. “Ese verano pudimos actuar para Benedicto XVI en la Jornada Mundial de la Juventud”. Han tenido cinco hijos, Pablo, José, Lia María, Alexander y Gabriel, que han nacido en ciudades distintas: Berlín, Amsterdan, Estoril, Alicante y Cancún. Todos estuvieron en Pamplona y mostraron al público sus increíbles habilidades.

EN FRASES

Paulo Ponce
“Cuando mi novia se vino de gira, le dije al productor que quería dos habitaciones individuales de hotel. Pensó que estaba de broma”

HACER FRUCTIFICAR NUESTROS TALENTOS

Domingo XXXIII del tiempo ordinario (A)

LA BUENA NOTICIA
José Antonio Goñi

EL evangelio de este domingo nos presenta la parábola de los talentos. Antes de marcharse, un hombre confía sus bienes a tres servidores. Dos los hacen fructificar; el tercero, por miedo, los entierra. A su regreso, el dueño les pregunta qué han hecho con lo recibido.

También nosotros hemos recibido mucho: capacidades, oportunidades, tiempo, relaciones, responsabilidades, experiencia y fe. No todos hemos recibido lo mismo, y por eso la parábola no nos invita a compararnos. A cada uno se le pide responder con lo que tiene.

A veces miramos demasiado lo que poseen los demás. Pensamos que podríamos hacer más si tuviéramos otras cualidades, más tiempo o mejores circunstancias. Entretanto, dejamos sin aprovechar lo que está en nuestras manos. El evangelio nos invita a comenzar por lo que somos y tenemos hoy.

El tercer servidor entierra su talento porque tiene miedo. También nosotros podemos sentir miedo a equivocarnos, fracasar o ser juzgados. Ese temor puede llevarnos a no intentar nada. Pero Dios no nos pide una vida sin errores, sino una vida que no quede paralizada por el miedo.

Hacer fructificar lo recibido tampoco exige realizar grandes obras. Nuestros talentos dan fruto cuando dedicamos tiempo a acompañar a alguien, ponemos nuestras capacidades al servicio de otros, cumplimos responsablemente nuestras tareas, compartimos lo que tenemos o ayudamos con nuestra experiencia a quien lo necesita. Esta semana podríamos preguntarnos cómo estamos aprovechando los dones y oportunidades que hemos recibido, y qué paso concreto podemos dar para que produzcan fruto.

Copia para uso exclusivo de 296176 - c63f8ffabda44b22814ef7adc11bbf61